

Atrapar lo inefable

Autoetnografías sobre
la creación artística y la
experiencia espiritual

Autores

Ximena Bernal · Alejandro Zuluaga · Rodrigo Restrepo · Carlos Miguel Gómez Rincón · Angélica Chavarro
Susana Gómez · Guillermo Santos · Corina Estrada Barrios · Natalia Reinoso Chávez





Poesía y revelación

Carlos Miguel Gómez Rincón

La única ciencia exacta es la poesía
(Se lo escuché decir al poeta Jaime García Mafla
hace varias décadas
y nunca supe si lo estaba citando
o inventando)

Durante los últimos diez meses hemos estado dedicados a la exploración sobre la manera como las artes generan comprensión de la experiencia espiritual. Con este propósito formamos el Laboratorio de Arte y Espiritualidad en Bogotá, Colombia, con un grupo de artistas y científicos sociales interesados en integrar cada vez más su trabajo con sus búsquedas de lo divino. Tres músicos, un fotógrafo, una artista plástica, una bailarina, un director de cine, una psicóloga social, una filósofa, y yo, que he trabajado como poeta y filósofo, participamos en el experimento .

La idea según la cual hay un tipo de comprensión y una forma de conocimiento que solo las artes, y sobre todo la poesía, pueden brindar, ha acompañado e inspirado mi trabajo desde sus inicios como estudiante de Literatura hace casi 30 años en la Universidad Javeriana. La riqueza y profundidad de la experiencia vivida, aquello que nos hace humanos, la complejidad inagotable de la realidad y, sobre todo, la plenitud sin nombre del sentimiento místico desbordan las posibilidades de los conceptos, exceden las capacidades del pensamiento discursivo y escapan a las formas de descripción propias de las ciencias. Buena parte de mi carrera ha consistido en practicar, de una forma u otra, esta certeza. Pero nunca antes había dedicado tanto esfuerzo a observar y tratar de describir cómo surge la palabra poética iluminando lo que no puede ser dicho, cómo se instaura mediante la imagen y el ritmo un orden que rescata la vida del poeta del abismo de lo cotidiano en el que naufraga lo significativo, cómo se revela en el poema el sentido que devuelve al mundo el misterio y el asombro que le arrebatan nuestro afán por controlarlo.

La poesía requiere de una especie de vaciamiento interior, de abrir espacio para la manifestación del poema, que viene de más allá del poeta, quien es una especie particular de médium.



A partir de los registros que fui haciendo en mi diario autoetnográfico, durante este experimento de investigación-creación, intentaré narrar lo que he podido sacar a la luz sobre el nacimiento del poema. Intercalaré mis reflexiones con algunos de los poemas y fragmentos que o bien resultaron de la exploración creativa que procuraba hacer consciente, o fueron la única forma de expresarla.

La noche oscura del sentido

La poesía requiere de una especie de vaciamiento interior, de abrir espacio para la manifestación del poema, que viene de más allá del poeta, quien es una especie particular de médium. Da forma a algo que viene ya con voz y sentido propios y, sin embargo, requiere ser captado y transportado al poema. Es como un pescador, un enlazador de la corriente invisible del canto que al tiempo dicta y se deja conducir.

Paridor de revelaciones
el poeta
busca como quien espera.

Esta búsqueda que es una espera requiere hacer silencio y escuchar, porque hace falta siempre la revelación de una forma para comenzar a trabajar en un poema. Esto no se puede producir a voluntad, sino más bien convocar, invocar, mediante una disposición interior. La fuerza creativa no pertenece al poeta. Por el contrario, el poeta es su siervo, su sacerdote. Toda la acción se concentra en generar la pasividad necesaria para la manifestación. Por eso, antes que una forma de hablar o escribir, la poesía es una forma de ver, una particular manera de estar en el mundo.

¡Cuán doloroso es permanecer mucho tiempo en el estado de no encontrar o no recibir la revelación interior! Es como un dolor de parto que se agrava porque el poeta ni siquiera sabe si está embarazado.

Media hora en esta banca
esperando el poema.
Chirrean los columpios en el parque.

Como en todo lo importante en mi vida, he aprendido a orar por el nacimiento del poema. Igual que un niño que le pide a su madre el dinero con el que luego le comprará el regalo del día de la madre, en mi corazón pido a Dios la palabra, la forma, el flujo creativo. ¿Qué más puedo hacer? Esta oración inicial se ha convertido en un elemento central de mi práctica creativa. Una y otra vez he sido testigo de cómo brota luego el texto.

Una noche me levanté lleno de una enorme emoción indescriptible, como si hubiera recibido en el sueño algo muy importante que no logró llegar a la conciencia. Casi obligado, tuve que levantarme a escribir en mi diario:

No sé cómo escribir si no es entregándome a tu fuerza creadora, pidiendo, esperando, observando, escuchando.

Tampoco sé cómo vivir de otra manera.

Veo cómo formas el poema en mi corazón tal y como haces brotar la yerba, florecer los campos.

Dador del ser, creador de mundos, tu obra se despliega dentro y fuera de mí, a través mío.

Vivo como escribo. Aprendo a escribir como aprendo a vivir. Ambos son un acto de fe. A ti me entrego para que brote el milagro, fluya el río del ser, viaje el Espíritu en su aventura creativa dadora de forma y maravilla.

La libertad creativa es libertad del ego

En uno de los talleres de investigación-creación del Laboratorio guardamos silencio. Esta venerable práctica, recomendada en la mayoría de las tradiciones espirituales, dispone para la observación de la vida interior, prepara para la manifestación



creativa del Espíritu. Al final del taller me pregunté qué se había mostrado en mí con especial fuerza, y escribí:

Hay un estado básico, sin ego, sin juicios, sin toma de postura predeterminada por mi historia, por mi formación, por mi pasado, por mi programación. Es un estado tranquilo, silencioso. Un simple estar ahí desde el que puedo ver y vivir, una base de conciencia antes de tomar cualquier posición, de decidir, que permite ver con claridad cómo adopto una u otra posición, cómo respondo emocionalmente de una u otra manera, cómo hago este o aquel juicio. Realidad antes de la interpretación, libre, plana, tranquila.

Aquí coinciden la poesía y la práctica espiritual, se unifican: es necesario superar el ego para ver la realidad, para descubrir lo divino, para vivir creativamente. ¿Por qué? ¿Qué es el ego? Durante el trabajo en el Laboratorio se ha ido afianzando una intuición que me acompaña desde hace tiempo. El ego es la voz del juez interior que quiere atribuirse el derecho único de arbitrar sobre la realidad y la vida. El ego es la voluntad de control que busca alcanzar la seguridad mediante la aplicación de sus propios patrones y medidas, es decir, mediante el juicio constante de uno mismo, de los otros, de cada situación. Al poner orden, dar valor y estructurar con sus propias medidas limitadas y limitantes, el ego crea lo que asumimos como real. Por esto el ego es la fuente de una ordenación del mundo y la vida que se mantiene dictatorialmente, subrepticamente, haciendo pasar un punto de vista, una valoración, por la realidad misma, clara e indiscutible.

La poesía renueva el mundo liberándolo de la manera fija de ver del ego, devolviéndolo al estado abierto de la manifestación de lo bello, de la sorpresa, de lo incontrolable, del milagro que viene de más allá de sí mismo.

La vida es apertura, posibilidad floreciente a la cual damos forma decidiendo. Para que la vida sea creativa, para que haya conexión con el milagro constante del flujo del Espíritu supremo que se

mueve superando toda medida, desbordando todo lo fijo, trascendiendo todo lo finito, el ego debe perder su lugar como patrono de la realidad.

El corazón del arte y la poesía es esta apertura a dejar que el mundo nazca de nuevo a cada instante. La poesía renueva el mundo liberándolo de la manera fija de ver del ego, devolviéndolo al estado abierto de la manifestación de lo bello, de la sorpresa, de lo incontrolable, del milagro que viene de más allá de sí mismo. Por eso la creación es siempre divina. Crear es participar en la vida del Espíritu que se despliega dando origen a lo inesperado. Quién crea se conecta con la fuente creadora y participa en el misterio del origen.

El poeta renace en el poema

El trance de la creación poética siempre ha tenido para mí algo de doloroso. Pero este dolor no es un sentimiento común y cotidiano, como la tristeza o el duelo. Tiene una naturaleza particular: dejar que todo lo aprendido, todo lo sentido, lo evidente, lo sabido caiga como pétalos marchitos para que se renueve el sentido; pasar de la confusión inexpresable a la claridad de nombrar por primera vez el mundo; deshacerse para volver a tomar forma en el poema. La poesía efectúa una especie de salvación.

En uno de estos trances poéticos, encerrado en mi estudio, casi incapaz de hablar o hacer cualquier cosa, escribí este poema:

No me toquen
me quiebro
para que hable el mundo

No me hablen
Todo ruido duele
ofende mi aspiración de ala
mi invocación del viento



Envuélveme tierra
No soy ya hombre
Mi cuerpo es bosque
Tempestad mi pensamiento
No soy ya hombre

Me desgajo
El poema será mi nueva forma

Dolor de parto de nacerse a uno mismo. – Así surge el poema. Un verso bien logrado es una tabla de la cual agarrarse en el naufragio del sentido del mundo. Todo debe volver al caos primordial para que nazca un poema. Y el poeta debe poder resistirlo, verlo todo descomponerse, habitar sin perecer en la tierra baldía, esperando que el mundo vuelva a surgir de la oscuridad y el caos del estado anterior a la creación. Por eso el poeta es un amigo de Dios, a quien se le da la gracia de conocer y padecer el instante sin tiempo antes de la creación del mundo.

Dolor de parto del mundo brotando del mar oscuro. No se puede permanecer mucho en este estado en el que el poeta ni siquiera es frágil, ni siquiera está roto, porque todavía no es.

¡Que me diga ya el poema,
que me de forma nueva
como la luz del primer instante de la creación!

No sé si a otros les ocurrirá lo mismo. Pero intuyo que todo aquel, escritor o lector, que sienta que necesita de la poesía para vivir resonará con esta descripción.

Dejar hablar, experimentar

Atravesar la noche oscura del sentido, esperando la revelación del primer verso, la manifestación de la imagen, el brotar del río del ritmo, conduce al momento del juego poético, de la exploración creativa que tiene tanto de improvisación musical como de

cuidadosa reflexión filosófica. La revelación del sentido nos ubica en una forma particular de mirar que tiene que ser desarrollada, explorada, expresada. Aquí viene el trabajo gozoso de la escritura que muchas veces es semejante a un vagabundeo:

No sé para dónde va este poema
entre una letra y otra
pasan vagando
nubes
y copetones.

Por lo menos ellos llegarán a alguna parte.

Pero la poesía es muy exigente. Demanda la precisión necesaria para dar cuenta de la perfección no matemática del mundo. Nada puede faltar ni sobrar en cada pequeña obra en la que la voz colectiva con que habla el poeta quiere devolvernos a nosotros mismos. Dejarla hablar es hablar con ella:

El poema

Extravío
en el que nos encontramos.

Durante el Laboratorio, gradualmente fui desarrollando la capacidad de autoobservación para tratar de describir el proceso creativo. Una y otra vez llegué al límite de lo visible, pues la mayor parte del proceso parece ocurrir en las profundidades secretas del inconsciente. En uno de los últimos talleres, en los que exploramos la muerte como forma de experiencia espiritual, procuré describir tan certeramente como fuera posible lo que ocurría en mí mientras escribía un poema. En la derecha está el poema (trabajado poco a poco hasta su versión casi final), en la izquierda la descripción. Recomiendo leer primero cada uno por separado:

¿Cómo más podría contarse el surgimiento de un poema que mediante un poema?



18/02/2023

No hay una palabra para decir lo que quiero expresar: el vaivén, la interpenetración del ser y el no ser. Luego de la práctica de lectura contemplativa traté de escribir un poema a partir de la frase del Upanishad con el que estaba meditando: "Llegar a ser".

Lo primero que pensé fue que para llegar ya se necesita ser y por eso todo devenir es un despliegue, un flujo del ser. Me quedé un rato sintiendo este verso: el llegar a ser es movimiento del ser.

Caminé un poco en el jardín, lenta, meditativamente. Me senté y el sentimiento, la intuición o la contemplación se desarrolló con la sensación/imagen de la forma sobre el vacío. Quería explorar un lenguaje más plástico, poético, para expresar lo que parece un concepto, los conceptos básicos de la filosofía: ser, no ser, llegar a ser, dejar de ser.

No se puede llegar
sin ser.

Todo devenir es despliegue
de la forma sobre el vacío,
susurro que el silencio no se guarda
y abraza luego en su vientre.

Imposible llegar a ser
sin el no ser
nota pulsada en la cuerda de la nada.

Entonces comencé a y a explorar con imágenes, sugerir, señalar esa interpretación del ser y el no ser.

Recordé la idea del budismo Mahayama según la cual Sunya, el vacío no es estático, sino un movimiento permanente de vaciarse, y escribí: "El punto está ahí, lo veo (lo veo ahora que escribo, pero no tan claramente entonces): el llegar es llegar a ser de la nada, y llegar a desaparecer es del existir.

Jugué con la estrofa de poesía visual sobre esa idea:

Existiendo el vacío
se desocupa
la mirada apagándose

Existiendo el vacío
se desocupa
la mirada apagándose

Somos este fulgor del ser derritiéndose,
vaivén

Luego sentía ya la necesidad del cierre del poema. Me vino el impulso de comenzar el verso con "Somos", para expresar justamente que ese llegar a ser, ese llegar a no ser; ese vaivén, es lo que somos.

Escribí los dos primeros versos de la última estrofa, pero quedó abierto el último.

del sí y el no.

Volví al salón sin concluir el poema, buscando la palabra para expresar ese ir y venir, esa unión, esa interpenetración del sí y el no. Creo que no existe tal palabra, ni en español, ni en otro idioma que conozca

No conseguí ir más profundo en la descripción. La poesía es un reino propio, irreducible, intraducible, inalcanzable para quien no sepa volar electrizado por la corriente del ritmo, conjurado por la fuerza de la imagen. ¿Cómo más podría contarse el surgimiento de un poema que mediante un poema?

Oración contemplativa, meditación en movimiento siguiendo los pasos del sentido, mi poesía es liturgia de la vida.

La comprensión poética

A diferencia de la narrativa que va a las experiencias pasadas para contarlas encontrando en ellas nuevos significados, o las utiliza como puentes para acceder empáticamente a la vida de otros, la poesía permanece en el instante presente, explorando sus matices, desarrollando creativa e inesperadamente lo que apenas está sugerido en la experiencia que se despliega constituyendo el



futuro. Por eso la poesía es un acto fundacional: crea realidad al descubrirla y la descubre al crearla. El sentido de esta paradoja no se capta con facilidad.

Poetizar es entrar en el corazón de la realidad, que nunca es un conjunto estático de objetos que deben ser aprehendidos, sino un proceso de despliegue creativo en el que todo surge como algo vivido, experimentado, deseado, interpretado. Un mal poema es también una interpretación arbitraria y caprichosa de la realidad, que no permite que el movimiento creador del Espíritu se exprese con la voz compartida que es el misterio.

La comprensión poética se alcanza en la forma que toma el poema, en sus imágenes y ritmo, pero no termina en ellos. Viene de un fondo oculto, difícilmente describable, que en primer lugar genera una manera poética de ver. Se recibe, se atestigua, ocurre. Se es llevado por el ritmo creativo, por el flujo del Espíritu, que al tiempo y hasta cierto punto puede ser dirigido, pero solo como se monta un caballo salvaje con el que se logra una momentánea unidad de voluntades.

Dentro y fuera de la poesía, la comprensión no es un proceso puramente mental, algo así como el procesamiento de información. Por el contrario, se trata de una experiencia, o mejor, es el corazón de toda experiencia significativa: la captación del sentido que nos involucra totalmente y ocurre gradualmente. No hay nunca una comprensión final, total, definitiva. La experiencia de la comprensión poética es un movimiento que no termina. Va desde la noche oscura del sentido, hasta las sucesivas lecturas posibles del poema en las que el sentido muestra matices insospechados para el poeta. Por eso la comprensión del poema está abierta a realizarse en los mundos de los lectores posibles. En tanto que primer lector de su poema, el poeta no es dueño ni del sentido ni de la forma final del poema. Más bien, es un medio que filtra el poema permitiendo que surja mediante los recursos que logra desarrollar en cada momento. Este medio filtrador es al tiempo pasivo, receptivo, y activo, dador de forma.

Oración contemplativa, meditación en movimiento siguiendo los pasos del sentido, mi poesía es liturgia de la vida. Que esto se haya hecho para mí cada vez más claro y transparente en estos meses muestra que la aventura del Laboratorio de Arte y Espiritualidad tuvo éxito. No solo exploramos los límites de lo que puede ser dicho, en un lenguaje diferente al de las artes, sobre la comprensión que surge en ellas. Al intentar hacerlo muchos descubrimos que crear es participar en la vida creativa del Espíritu.

Carlos Miguel Gómez

Soy filósofo, poeta y narrador. Me doctoré en Filosofía de la Religión de la Universidad Goethe de Frankfurt y obtuve una Maestría en Estudios de las Religiones de la Universidad de Lancaster, Reino Unido. Soy Licenciado en Filosofía y Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Javeriana de Bogotá. Desde joven he consagrado mi vida a la búsqueda espiritual, que se ha nutrido de diversas fuentes: el cristianismo que he tratado de redescubrir una y otra vez; el yoga y la meditación; la medicina tradicional indígena bajo la dirección del taita Luis Portilla, con quien estudié durante 25 años, hasta su muerte en 2022. Vivir desde esta diversidad ha hecho que el diálogo sea el asunto central de mi pensamiento y escritura: diálogo interreligioso, intercultural, entre filosofía y espiritualidad, entre pensamiento y poesía.

He publicado los poemarios *De la Luz inquieta* (Colección Oamti, 2010) y *Oyente del Silencio* (Los Conjurados, 2019), así como el libro de relatos *Palabra de remedio y otras historias de yagé* (Común presencia, 2020). Entre mis publicaciones filosóficas se encuentran los libros: *Racionalidad y trascendencia. Investigaciones en epistemología de la religión* (Maliaño, Bogotá: Sal Terrae, Universidad del Rosario, 2020); *Interculturality, Rationality and Dialogue: In Search for Intercultural Argumentative Criteria for Latin America* (Würzburg: Echter Verlag, 2012); *Diálogo Interreligioso. El problema de su base común* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2008); y como coeditor



académico: *Ciencia y Creación. La investigación científica de la naturaleza y la visión cristiana de la realidad* (Madrid, Bogotá: Sal Terrae, Comillas y Javeriana, 2018); *¿Ciencia o Religión? Exploraciones sobre las relaciones entre religión y racionalidad en el mundo contemporáneo* (Bogotá: Universidad Javeriana, Universidad del Rosario, 2017); *Filosofía y Misticismo* (Bogotá: Universidad del Rosario, Sociedad Colombiana de Filosofía, 2015); *La religión en la sociedad postsecular: Transformación y relocalización de lo religioso en la modernidad tardía* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2014).